

otros, merced á la vanidad ó á la cólera; mas en cuanto á calificar de bribón á uno de bien, nunca nos ha tentado el diablo, ni ha sido de nuestro gusto. Y con esto volvemos á los indios.

Por la mayor parte, íbamos á decir, en las ciudades interiores de la América del Sur, la bacía la llevan los indios, sin que el barbero de Sevilla les eche el pie adelante en lo de parlanchines, bellacos, alcahuetes y bebedores. Un día, pasando nosotros por una calle, el barbero, ó señor rapador, según se expresa D. Quijote, de calzón y zapato de medio pie, estaba plantado en el umbral de su tienda: no en el dintel, como dicen los que ahora escriben, porque no estaba colgado. Acertó á pasar asimismo una india de pollera colorada y rebozo amarillo, cubierto el cuello de cuentas y corales como huevos de paloma, que era un pescuezo de pavo en su más soberbio esponjamiento. «¿Cómo está la comadre? — *Está sufriendo,*» le oímos responder al pícaro. Había parido la pazpuerca, y el bribonazo del indio llamaba á eso *estar sufriendo*. ¿Qué esperanza nos queda de volver á oír ni hablar la lengua castellana en ningún tiempo? Cuando las indias empiezan á hallarse *en estado interesante* y *están sufriendo*, podemos dar por vendida, perdida y concluída; traicionada, abortada y desbaratada; enferma, enteca y muerta la dicha lengua; lengua en la cual las mujeres antiguas, y no tan antiguas como las Hermengardas, Hermentrudas y Hormesindas, ni como las Berenguelas, Guiomares y Faviolas, sino allá no más por los tiempos de las doñas Engracias y doñas Pílares, estas mujeres, decimos, estaban preñadas, si eran llanas é ingenuas; encintas, si más cultas; y parían ó daban á luz un hijo en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, la cual imprimía en ellos con sal y agua carácter de Juan, Diego ó Antonio; Dolores, Mercedes ó Gertrudis. Ahora no: ninguna quiere estar encinta; preñada, menos. Aunque se llame Ambrosia y le mane azufre por el ojo izquierdo, está *en estado interesante*; y no pare por nada de esta vida, sino *desembaraza* y se pone á *sufrir* de nuevo. Dudamos que cuando están *en estado interesante* nos interesen más que cuando delgadas, iguales, ligeras y vivas an-

dan conquistando el mundo con sus negros ojos y sus labios rubicundos. Para un pobre que ve ahí amontonados en un rincón seis chicos muertos de hambre y harapientos, no debe de ser tampoco de gran interés el *estado* de la que le viene amenazando á más andar con el séptimo cachorro. Y castigemos de paso otro dislate, que así pervierte la idea como la forma, el estilo como el lenguaje. *Estado* indica permanencia, fijeza, carácter que por su invariabilidad viene á ser natural é inherente al individuo; y aún por eso decimos que el del matrimonio es un *estado*, dando á entender que esta cadena orinecida, pesada y crujiente, ni el diablo la puede romper, ni el mísero mortal suspenderla en la puerta de su casa é irse por el mundo libre y suelto. La de las cosas que no aterran con la perpetuidad se llama *situación*. ¡Medrados estábamos si *el estado interesante* de nuestras Evas, Hebes y Niebes fuera cosa perpetua! Por dicha no es sino situación con término fijo, al fin del cual vuelven á *interesarnos* las que tienen la letra menuda y poseen el arte de embarnecer, sonrosearse, aderezarse y salir andando, erguida la cabeza, repujado el pecho, amables los ojos y la boca. Mientras nuestras mujeres no vuelvan á los dichosos tiempos de estar encintas, no hemos de ver el renacimiento de la lengua castellana; y mientras no estén de parto en brazos de la madre naturaleza, todo ha de ser *desembarazo* para ellas y embarazo para nosotros. ¿Por qué no querrán parir llana y cristianamente las de ahora, como lo estilieron las doñas Mencías y doñas Violantes que nos sirven de tatarabuelas? No faltan ya monarquistas y republicanas, aristócratas y demócratas, patricias y plebeyas que estén *acuchadas* ó *de couches*, porque las francesas *sont accouchées* ó se disponen para *leurs couches*. ¡Santo Dios! ¿Hay más que decir, como apuntamos arriba, que van á parir ó están de parto? Si no quieren ó no deben estarlo, escóndanse, sepúltese, métanse debajo de la tierra, que esto al fin es prudente y menos malo que estar *de couches*.

Entre el sufrir y el padecer va la propia diferencia que entre la virtud y la necesidad: padecemos á más no poder, y muchas

veces dándonos á todos los diablos de nuestra negra fortuna. En este caso es cuando menos nos cumple decir que sufrimos, por cuanto el sufrimiento es acto del espíritu muy acepto para con Dios, una cosa misma con la resignación. Sufrir es llevar en paciencia nuestra suerte, los trabajos que nos agobian y las penas que estamos devorando: sufrir es ponernos en manos de la Providencia Divina, obedecer sus decretos y quedarnos humildemente á la esperanza: sufrir es ejercitar el ánimo en la filosofía, romperlo á la guerra del mundo y burlarnos santamente de los rigores de la injusticia: sufrir es ser hombre ó mujer fuerte sobre quien nada pueden ni privaciones, ni provocaciones, ni linaje de agravios: sufrir es levantarse sobre el pantano donde están hirviendo cólera, desaliento, desesperación, quejas amargas, propósitos malignos. Sufrimiento es filosofía: Sócrates sabe sufrir: ni las injurias de Aristófanes le irritan, ni el molino de Xantipa le saca de sus quicios, ni la precipitación de los treinta tiranos le exaspera. Sufrimiento es santidad: San Bartolomé sabe sufrir: desollado de los pies á la cabeza, se echa su piel al hombro dando gracias á Dios, y se va sin maldecir á los verdugos. Sufrimiento es sabiduría: Galileo sabe sufrir: preso, encadenado, oyendo chirriar á cuatro pasos la hoguera con que le amenazan, tranquilo exclama: *E pur si muove*. Sufrimiento es grandeza de alma: héroes, filósofos, grandes monarcas, mártires, han probado que poseían la virtud del sufrimiento, con afrontar serenos los insultos de la fortuna y morir tan grandes en la desgracia como habían vivido en la prosperidad resplandeciendo en el poder y las virtudes. Sufrimiento es virtud, virtud que trae gloria en sus luminosas entrañas. No sufren sino los fuertes; los bajos, los cobardes, los pobres de espíritu padecen: su estrella es padecer; pero no sufren, pues si suyo fuera el sufrir, elevaríanse sobre sí mismos, y padecieran menos, y fueran grandes por el sufrimiento. En cuanto á los malvados, sabed que ellos son los que padecen verdaderamente, y tanto más cuanto que no sufren: sufrimiento y soberbia son enemigos: si hay malvado que no cultive la soberbia, gran maravilla es. El hipócrita

es malvado, y no la cultiva: malvado humilde, rastrero: es un santo por defuera; por dentro, todo infierno. La soberbia no sale en él al mundo, esto es todo: su corazón está hirviendo en las más negras pasiones. El padecer puede muy bien andar sin el sufrir: desgraciados, todos lo somos por fas ó por nefas, ca mucho padecemos y poco sufrimos. Si el sufrimiento absorbiera las malas lágrimas, las lágrimas de soberbia, cólera, impotencia, nuestros padecimientos cobrarán aspecto de propicios y vinieran á ser virtudes en nosotros. Así, cambiando los vocablos, pervierten las ideas los ignorantes y los vanos; y los vanos, pues habéis de saber que muchos hablan y escriben mal á sabiendas: timbre es para los necios estropear y pervertir la lengua propia, como del chacoloteo innoble de su boca resulte la opinión de ser tenidos por hombres que han vivido ó viajado en Francia. ¿No sería mejor aprender la lengua francesa sin olvidar la castellana?, ¿cultivar las extranjeras sin consentir en que se remonte la nacional? ¡Y qué lengua!: la de hablar con Dios; la lengua muda del éxtasis en Santa Teresa; la de la oración hablada en San Juan de la Cruz; la de la elocuencia eclesiástica en Fray Luis de Granada; la de la poesía en Fray Luis de León, Herrera y Rioja; la de la historia en Mariana; la de la novela en Hurtado de Mendoza; la de la política en Jovellanos; la del amor en Meléndez Valdés; la de la risa en Figaro; ¡qué lengua!: la de la elocuencia profana en Castelar: ¡qué lengua!

Por dicha, bien así en España como en América, los que van á la guerra debajo del pendón del siglo de oro no son pocos. Ignorancia y ridiculez están en el bando opuesto, el cual es más numeroso que los ejércitos que sitiaban á Albraca. Traductores ignorantes, novelistas afrancesados, viajeros fatuos son nuestros enemigos: nosotros nos afrontamos con ellos, y si no podemos llevármolos de calles, defendemos el campo palmo á palmo; ni hay impío de ellos á quien le sea concedido penetrar en el *santasantórum* de nuestro angélico idioma. Desde Capmany que se levantó como un gigante contra sus corruptores, hasta D. Aureliano Fernández-Guerra que le está sacando sobre sus

hombros, muchos campeones y muy bizarros los ha habido. D. Diego Clemencín ha revuelto y profundizado el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias, haciendo que reviertan para arriba montones de riqueza pura; ha puesto en manos de los aficionados el *Diálogo de la lengua*, de Juan Valdés; ha descompuesto el *Quijote* coyuntura por coyuntura, y nos ha mostrado los secretos de la complicada anatomía para cuyo estudio no basta la vida de un hombre. Clemencín es benemérito de la lengua, sagaz recopilador de cuantas noticias pueden convenir para su posesión completa. D. Rafael María Baralt, con su *Diccionario de galicismos*, ha hecho un servicio de tomo y lomo á sus compatriotas, dándoles copia de luces y remitiéndolos adonde más largamente se contiene. Parece que los españoles le estudian poco, á pesar de las recomendaciones de Hatzenbusch; los hispano-americanos mucho le debemos á ese ilustre hijo de Venezuela que alcanzó un sillón en la Academia Española. Monlau en su *Diccionario etimológico*; Puigblanc, Gallardo y otros muchos peninsulares amigos del buen decir, se están oponiendo á pecho descubierto á las irrupciones de los bárbaros que bebiendo las turbias aguas del Sena pierden memoria, amor patrio, respeto á sus padres, y vuelven, las armas en la mano, contra esos santos difuntos que se llaman Rivadeneira, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Cervantes, Argensolas, Jovellanos.

Entre los escritores del día los hay puros, ricos, elegantes, y esta es gran fortuna, que hacen rostro á esas montoneras furiosas de galomaniacos que ora hablando, ora escribiendo, quieren dar al través con la lengua patria. En la América española, en cada república existe un grupo de aficionados en cuyo centro arde á la continua el fuego de Vesta, el fuego puro y misterioso, que si se apagara temblaran los dioses mismos. De presumir es que andando el tiempo, merced á la labor constante de este puñado de jóvenes beneméritos, la *pobrecita limosnera* de Voltaire recoja sus harapos, y la reina de Carlos V se vuelva á echar sobre los hombros su mantón de púrpura. *C'est une pauvrete qui fait l'aumône à tout le monde*, decía el dios de

Ferney, hablando de la lengua francesa. Tanto ha dado la desnuda y tanto ha recibido la vestida, que es vergüenza. El castellano de hoy no es sino el francés corrompido. «El inglés, — decía Alejandro Dumas el viejo — no es más que el francés mal pronunciado.» Ese amable Sileno lo decía por tener y dar de que reir: nosotros estamos hablando en verdad y conciencia. ¡Qué es ver, mi Dios, un escritor español con gran fama de talento escribir de París un monstruo de lengua, mitad Gervasio, mitad Protasio, que quien no supiere una y otra no entenderá palabra! ¿Ese periodista corresponsal, ó ha puesto en olvido su idioma, ó se tiene pensado que el mestizo vale más, en tiempo de democracia, que el godo neto por cuyas venas corre sangre de Leovigildos y Pelayos? La lengua castellana en manos de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van á rempujar y desalojar el Océano, que se retira, y vuelve á él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio: cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando Fray Luis de Granada, santamente irritado, exclama con los profetas: «¿Qué ha sido tu corazón sino un cenegal y un revolver de puercos? ¿Qué tu boca sino una sepultura abierta por do salían los malos olores del alma que está adentro muerta? ¿Qué tus ojos sino ventanas de perdición y ruina?»

«Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, y silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragaremos: este es el día que esperábamos; hallámoslo, vímoslo.»

«Allí fueron conturbados los príncipes de Edom y temblaron los poderosos de Moab.»

Estas son tormentas grandiosas en boca de ese monje profético: oímos el trueno, hemos visto el rayo, y la espada del ángel del Señor, rompiendo esas nubes tremebundas, amenaza á los impíos y soberbios. Fuenmayor, en su *Vida de Pío V*, se espacia á un lado y á otro: es el Helesponto por donde ruedan los caudales de dos mares. Hurtado de Mendoza ha levantado

un monumento á nuestra lengua en su *Guerra de Granada* como historiador, y en *Lazarillo de Tormes* otro como novelista de costumbres. Ved si no esta manera de referir, ¡y qué manera!

«Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos, gente suelta.»

¿Hay precisión y gracia? Las más hermosas figuras están cometidas en este pasaje, con mano maestra, ¡y en qué frase, si pensáis! Santa Teresa es hablista insigne: «Toda me parecía estaba descoyuntada y con grandísimo desatino de cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme mover, más que si estuviera muerta.»

«Tienen los niños un acelerado llorar que parece van á ahogarse; y con darles á beber cesa luego aquel demasiado sentimiento.»

«No hagas tan gran pecado como poner á Dagón par á par del arca.»

«Querer una como yo hablar en una cosa tal, no es mucho que desatine.»

«Suplique vuesa merced á Dios ó me lleve consigo ó me dé como le sirva.»

Bien está que no hablemos como esos antiguos en un todo; mas la pureza, la eufonía, la numerosidad, la abundancia, busquémoslas, imitémoslas. Para mí, yo bien quisiera, enternecido y afligido con la meditación sobre la muerte, hablar á semejanza de este admirable antiguo: «Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis días: ahora moriré á todas las cosas y todas ellas para mí. Pues, ¡oh mundo!, quedaos á Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos á Dios. Amigos y mujer é hijos míos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.»

«Breves son, Señor, los días del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes.»

Ahora ved esta deliciosa cadencia de períodos: «Para ti enreda y trama el gusano hilador de la seda: para ti lleva hojas y fruto el árbol hermoso: para ti fructifica la viña: el vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es: la leche y los cueros y la

carne que cría la vaca, beneficio tuyo es: las uñas y las armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es.»

¿Cómo volviéramos á nuestro modo de escribir este lugar tan lleno de majestad y elegancia? La lana, las uñas.... ¡oh!, esto es haber perdido la lengua, haberla corrompido hasta la medula, haber profanado una deidad propicia. Espíritu de la Santa Doctora, desciende sobre mí, alúmbrame. Alma del padre sabio, ¡oh tú, Granada invisible!, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales á recoger tus pasos, aciertas á distinguir á ese devoto de tu nombre, bendícele. Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guía, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las obscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate á mí, y apóyame; dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo, ese es D. Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, ¿quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? — Ese es Fernando Rojas, autor de *La Celestina*; salúdale.

Maestro, ¿quién es ese espíritu que se agacha á beber en esa fuente, debajo de estos acopados mirtos? — Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables: huirá como una cervatilla; es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.

Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello á ese arco iris? — Ese se llama D. Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate á él, y dobla la rodilla.

Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.